¿Necesito yo al tiempo, o necesita el tiempo de mí?

La ontología del Ahora, la invarianza de la presencia y el fundamento del ser

Oscar Gaitan
Abril 2026

Í N D I C E

1. El miedo
2. Lo que el tiempo no es
3. La condición dependiente
4. El Ahora
5. La inversión
6. La lemniscata
7. Un solo Ahora
8. La pregunta que plantea el Ahora
9. YO SOY
10. De vuelta a la pregunta
11. Referencias
12. Nota sobre fuentes y método

I. EL MIEDO

Hablamos del tiempo como si fuera una fuerza que nos presiona desde afuera — una marea que nos arrastra hacia adelante lo queramos o no, que nos erosiona lentamente, que finalmente nos engullirá por completo. Decimos que se nos acaba el tiempo, que el tiempo pasa, que perdemos el tiempo, como si algo nos fuera arrebatado por una entidad con su propia agenda y su propio impulso.

¿Pero qué sucede si ese miedo está fundado en una mala lectura? ¿Y si el tiempo no es el poderoso en esta relación? ¿Y si la pregunta misma — ¿necesita el tiempo de mí, o necesito yo del tiempo? — tiene una tercera respuesta que ni la física ni la intuición común han nombrado del todo?

> *El tiempo nunca se ha movido. Solo los eventos son actualizados — dentro del único Ahora que estuvo aquí antes que nosotros y que sostendrá el último momento de nuestra existencia exactamente como sostiene este.*

II. LO QUE EL TIEMPO NO ES

Antes de responder la pregunta, debemos ser precisos respecto a lo que entendemos por tiempo. Este ensayo no trata del tiempo medido — los segundos, minutos y horas que los seres humanos inventaron para coordinar sus vidas. Los relojes miden el movimiento. La rotación de la Tierra, la oscilación de un átomo, el péndulo — estos son eventos físicos que usamos como puntos de referencia. Son útiles. No son el tiempo en sí mismo.

Lo que preguntamos es por el tiempo ontológico: la condición que hace posible el cambio. No el reloj en la pared, sino aquello que permite que un estado de la realidad se convierta en un estado diferente. No la duración, sino la estructura del devenir.

Cuando Eclesiastés dice que hay un tiempo para todo — un tiempo para nacer y un tiempo para morir, un tiempo para llorar y un tiempo para reír — no describe una dimensión que hace tictac. Describe orden, estación, conveniencia. El despliegue correcto de los eventos

dentro de la realidad. Eso es precisamente el tiempo ontológico: la condición que hace posible el cambio ordenado. Los relojes lo miden. No lo constituyen.

III. LA CONDICIÓN DEPENDIENTE

El tiempo ontológico tiene una propiedad peculiar que rara vez confrontamos directamente: no puede existir solo.

El tiempo no es algo que existe y luego produce el cambio; es lo que llamamos la estructura ordenada del cambio mismo.

Aristóteles observó que el tiempo es el número del movimiento respecto al antes y el después. Einstein demostró que el tiempo es inseparable del espacio y la materia. Ambos apuntan a la misma verdad, aunque ninguno la llevó a su plena conclusión. El tiempo no es meramente dependiente de la materia y el espacio — depende enteramente del cambio. Elimine el cambio y el tiempo no se desacelera ni se vuelve tenue. Simplemente cesa. No hay nada en qué consistir.

Esto significa que el tiempo no es una sustancia. No es una cosa que existe por derecho propio, que persistiría si el universo fuera vaciado de todo lo demás. Es la condición formal de la transformación — lo que llamamos la estructura del antes y el después, que solo surge cuando algo está realmente experimentando cambios dentro del espacio.

> *Sin cambio, no hay tiempo. Sin materia, nada que cambiar. Sin espacio, ningún lugar donde expresar el cambio. El tiempo no es una fuerza. Es lo que se vuelve inteligible cuando ocurre el cambio.*

Y así el miedo comienza a disolverse. Tenemos miedo del tiempo como si fuera un río que nos lleva a una cascada. Pero un río requiere agua, gravedad y un cauce. El tiempo requiere materia, cambio y espacio. Ni el río ni el tiempo son primarios. Ambos son emergencias relacionales — reales, pero no autosustentables.

IV. EL AHORA

Dentro de esta estructura, hay un punto distinto a todos los demás. No el pasado — ese está fijo, ya no deviene, accesible solo a través de la reconstrucción que llamamos memoria. No el futuro — ese aún no es actual, existe solo como proyección y anticipación. Hay un punto en el que la realidad está siendo activamente decidida. Donde el potencial colapsa en actual. Donde lo que podría ser se convierte en lo que es.

Ese punto es el Ahora.

Pero debemos ser precisos acerca de lo que es el Ahora, porque no es lo que la mayoría de las personas imagina. El Ahora no es una duración muy breve. No es una delgada rodaja de tiempo, un breve intervalo entre el pasado y el futuro. Una rodaja, por delgada que sea, tiene grosor. Una duración, por breve que sea, tiene longitud. El Ahora no tiene ninguna de las dos.

El Ahora no es un límite en el sentido ordinario — no es un muro entre dos territorios definido por lo que separa en lugar de por lo que es en sí mismo. El Ahora se entiende mejor como un punto singular de actualización: un punto donde las reglas normales de medición se desmoronan. No se puede medir el Ahora porque no es una longitud. Es la condición que hace posible la longitud. Es donde la realidad cruza de lo potencial a lo actual, y ese cruce no tiene anchura. Ocurre en un punto de grosor cero, continuamente, sin interrupción.

Por eso no se puede salir del Ahora para observarlo. Solo puedes recordar el pasado ahora. Solo puedes anticipar el futuro ahora. Todo acto de consciencia, cada respiración, cada decisión, ocurre ahora. El Ahora no es un momento entre muchos. Es el único modo de existencia que alguna vez es actual.

V. LA INVERSIÓN

Aquí es donde la imagen estándar del tiempo debe invertirse.

La mayoría de las concepciones asumen que el presente se mueve — que el Ahora es un foco de luz que viaja del pasado al futuro a lo largo de una línea temporal fija, iluminando cada momento brevemente antes de seguir adelante. Bajo esta imagen, el Ahora es la cosa

más frágil de la existencia: llegando perpetuamente, desapareciendo perpetuamente, reemplazado por el próximo Ahora, que a su vez será reemplazado.

Pero si el Ahora es la condición de todos los eventos — si nada se vuelve actual salvo en el Ahora — entonces el Ahora no puede estar en movimiento. Una condición no viaja. La gravedad no cae. El Ahora no fluye.

Lo que experimentamos como el fluir del tiempo no es el movimiento del Ahora. Es la sucesión de eventos continuamente actualizados dentro del Ahora. El Ahora no se mueve para encontrar nuevos eventos. Los eventos son actualizados en el Ahora e inmediatamente se convierten en pasado. El Ahora permanece.

> *El Ahora no pasa. Lo que pasa es lo que se actualiza dentro del Ahora. No nos movemos a través del tiempo; estamos estacionarios en el Ahora mientras la realidad es continuamente actualizada.*

Lo que llamamos flujo es real — pero es el flujo del contenido, no del presente en sí. La sensación de que el presente se mueve es una reconstrucción cognitiva: la mente conecta el bucle izquierdo de la memoria con el bucle derecho de la anticipación, generando la sensación de un ahora que se mueve desde lo que en realidad es estacionario.

El presente no se mueve a lo largo del tiempo; más bien, el tiempo es el ordenamiento de lo que se vuelve presente.

VI. LA LEMNISCATA

La forma que mejor representa esta estructura es la lemniscata — la curva en forma de ocho que los matemáticos escriben como el símbolo del infinito.

Consideremos su geometría. Hay dos bucles. El bucle izquierdo se curva sobre sí mismo — esta es la memoria, la reconstrucción de lo que fue. El bucle derecho se curva hacia adelante — esta es la anticipación, la proyección de lo que podría ser. Ambos bucles están en movimiento en el sentido de que se extienden desde el centro y regresan. Ninguno de los dos bucles es real en el sentido pleno: el pasado ya no es actual, el futuro todavía no lo es.

Pero el centro — el punto de cruce — es diferente. No se mueve con los bucles. Está estructuralmente fijo. Sin una intersección fija, la relación entre pasado y futuro sería indefinida. La lemniscata requiere el punto de cruce invariante; sin él los bucles no podrían relacionarse — no habría terreno común, ningún origen compartido. La figura no sería una figura.

Ese punto de cruce es el Ahora. No participa en el movimiento de los bucles. Es lo que hace inteligible el movimiento de los bucles. Es el punto de paso obligatorio — no puedes trazar la figura sin pasar por él — y sin embargo el punto mismo no va a ningún lugar.

Aquí es también donde vive la agencia. En el punto de cruce, no estás narrando el pasado ni construyendo el futuro. Estás decidiendo. El punto de cruce es el punto de máxima tensión ontológica — el lugar donde los dos dominios no reales de la memoria y la proyección se encuentran con el único dominio real del presente. Es el único lugar donde algo genuinamente nuevo puede ser introducido en la realidad. Es el único lugar donde eres libre.

Vale la pena notar también que la lemniscata no describe el tiempo solo. El tiempo en sí es invariante — el Ahora no se mueve. Pero el tiempo, la materia y el espacio juntos producen un movimiento lemniscatático de la realidad. Ninguno de los tres genera movimiento por sí solo. Lo que se mueve es su conjunto — el continuo devenir de la existencia, cruzando a través del Ahora, siempre hacia adelante, siempre singular.

VII. UN SOLO AHORA

Existe la tentación de pensar en el Ahora como algo personal — mi Ahora, tu Ahora, miles de millones de presentes privados ocurriendo simultáneamente alrededor del globo. Alguien duerme ahora. Alguien nace ahora. Alguien escribe, hace ejercicio, llora, ríe, ahora. Puede parecer que cada uno de estos es un presente separado, un presente privado, que pertenece a la persona que lo experimenta.

Pero eso es una confusión entre el Ahora y los eventos actualizados dentro de él. Los eventos son plurales — dormir, escribir, llorar son acciones diferentes con contenidos diferentes. Pero no son actualizados en diferentes Ahoras. Son actualizados en el mismo

Ahora, simultáneamente, cada uno como un evento distinto dentro del único presente compartido.

El Ahora no se multiplica. No pertenece a nadie. Es el terreno singular y universal dentro del cual todos los eventos son actualizados. Todo ser que existe, existe ahora — no en su propio Ahora, sino en el único Ahora que nadie posee porque es anterior a la posesión misma.

Esto tiene una consecuencia para la identidad que la especulación moderna ha pasado por alto. La hipótesis del multiverso imagina versiones alternas de la misma persona tomando decisiones diferentes en líneas temporales paralelas. Pero la identidad no está definida por la posibilidad. La identidad está constituida por la actualización en el Ahora. No hay múltiples Ahoras en los que diferentes versiones del mismo yo actúen. Hay un punto de actualización, un Ahora compartido, un yo irrepetible.

> *Hay muchas posibilidades de mí. Solo hay una actualidad de mí. El alma es indivisible porque el Ahora es indivisible. No se puede dividir lo que no tiene anchura.*

Un tiempo para nacer. Un tiempo para morir. No un tiempo para nacer y morir en el mismo Ahora — la secuencia es real, el orden es real, el arco de una vida es real e irrepetible. La lemniscata no regresa y se repite. Cruza en el Ahora y continúa. Atraviesas el punto de cruce una vez por momento, siempre hacia adelante, siempre singular.

VIII. LA PREGUNTA QUE PLANTEA EL AHORA

Hemos establecido que el Ahora es singular, invariante, universal y de grosor cero. Es la condición de toda actualización. Nada se vuelve real salvo en el Ahora.

Pero aquí está la pregunta que el Ahora no puede responder sobre sí mismo: ¿qué lo mantiene abierto?

El Ahora no tiene grosor. No tiene sustancia. Es la cosa más delgada posible — más delgada que cualquier medición física puede alcanzar, más delgada que el intervalo más breve que cualquier instrumento puede registrar. Es un punto en el que la existencia es

continuamente renovada, pero no tiene reservas propias, ninguna profundidad de la cual extraer. La dependencia sin fundamento no es neutralidad — es colapso.

Y si el Ahora cesara — incluso por un instante — no habría ningún instante en el que cesara. Todo cesaría con él. No gradualmente, no secuencialmente. La condición de toda actualización no puede estar ausente un momento sin terminar con la posibilidad de todos los momentos. El Ahora no es solo importante. Es, estructuralmente, todo.

¿Qué lo sostiene, entonces? Esta no es una pregunta religiosa disfrazada de filosofía. Es una pregunta estructural genuina. Toda cosa dependiente apunta a algo de lo que depende. El tiempo depende de la materia y el espacio. La materia depende del Ahora. El Ahora depende de algo que él mismo no puede proveer. Sigue la cadena de dependencias hasta su término, y encontrarás algo que debe ser autosustentable — no porque la fe lo exija, sino porque la alternativa es que nada sea sostenido en absoluto.

IX. YO SOY

En el libro del Éxodo, cuando Moisés le pregunta a Dios su nombre, la respuesta no es un nombre propio. Es una declaración gramatical: YO SOY EL QUE SOY. No yo era. No yo seré. YO SOY — presente puro, incondicionado, autosustentable. Sin dependencia del pasado, sin contingencia del futuro. Ser absoluto en el modo del Ahora.

Eso no es poesía. Es una afirmación ontológica precisa. Y se corresponde exactamente con la pregunta estructural que acabamos de plantear. El Ahora requiere un fundamento que no esté él mismo en el tiempo — porque si el fundamento estuviera en el tiempo, necesitaría a su vez un Ahora en el que existir, y enfrentaríamos una regresión infinita. El fundamento del Ahora debe ser lo que el Ahora mismo no puede ser: autosustentable, no dependiente, fuera de la secuencia que hace posible.

Dios no sostiene el tiempo como una mano sostiene una taza — como si el tiempo fuera una sustancia que requiere soporte físico. Dios sostiene el Ahora como la atención sostiene un pensamiento: en el momento en que el sostenimiento se retira, el pensamiento no cae. Cesa. No hay caída, no hay demora, no hay transición. Simplemente deja de ser.

Por eso YO SOY no es una declaración hecha desde dentro de un momento que pasa. Es una declaración que constituye el momento. El Alfa y la Omega — no el primer evento en una secuencia y el último evento en la misma secuencia, sino aquel en quien toda la estructura del antes y el después es sostenida simultáneamente. Desde dentro de la lemniscata, experimentamos el punto de cruce un Ahora a la vez, moviéndonos a través de él continuamente, sin poder detenernos. Dios sostiene toda la figura a la vez — ambos bucles, el punto de cruce, el principio y el fin — no porque sea muy grande, sino porque no está dentro de la figura en absoluto.

El prólogo del Evangelio de Juan alcanza la misma verdad desde un ángulo diferente: en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Por él todas las cosas fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho. Si Dios sostiene el Ahora, y nada se vuelve actual salvo en el Ahora, entonces nada es hecho salvo a través de Él — no como causa primera distante que puso las cosas en movimiento y se retiró, sino como la presencia sustentante continua sin la cual el punto de cruce colapsa y la actualidad cesa.

> *El Ahora no es Dios. Pero el Ahora es el punto creado de contacto más cercano con Dios que todo ser humano — creyente o no — toca en cada momento de su existencia. No puedes salir de él. No puedes evitarlo. El Ahora es donde Dios y la criatura se encuentran.*

X. DE VUELTA A LA PREGUNTA

¿Necesita el tiempo de mí, o necesito yo del tiempo?

Dijimos al principio que podría haber una tercera respuesta. Aquí está.

Ninguno es primario. Ambos son dependientes — no el uno del otro, sino del Ahora. Y el Ahora depende de lo que YO SOY nombra: un absoluto no temporal que sostiene la condición de todo devenir sin devenir él mismo.

Necesito el tiempo en el sentido de que soy una criatura cuyo ser se despliega a través del cambio, cuya identidad está constituida por las sucesivas actualizaciones de mi agencia

dentro del único presente compartido. Sin tiempo — sin la condición del cambio ordenado — no podría devenir. Estaría estático, lo cual para una criatura equivale a no ser.

Pero el tiempo necesita de la materia. La materia necesita del espacio. El espacio, la materia y el tiempo juntos producen el movimiento lemniscatático de la realidad — el continuo cruzar y recruzar del único Ahora invariante. Quítame a mí, y el tiempo pierde una actualización. Quita toda la materia, y el tiempo pierde su fundamento por completo. En ese sentido, el tiempo es ontológicamente más frágil que el agua. El agua persistiría en un universo sin mí. El tiempo ontológico no.

Y sin embargo ninguno de nosotros — ni la criatura ni el tiempo dentro del cual actúa la criatura — es lo que mantiene abierto el Ahora. Ese es el trabajo de aquel que no dice yo era, ni yo seré, sino simplemente, sin calificación, sin pasado ni futuro, en la única gramática adecuada para lo que es más real:

YO SOY.

REFERENCIAS

Aristóteles. *Física*.

Agustín de Hipona. *Confesiones*.

Tomás de Aquino. *Summa Theologiae*.

Boecio. *La consolación de la filosofía*.

Martin Heidegger. *Ser y tiempo*.

Henri Bergson. *Tiempo y libre albedrío*.

Albert Einstein. *La relatividad: La teoría especial y general*.

La Santa Biblia.

Libro de Eclesiastés

Libro del Éxodo

Evangelio de Juan

NOTA SOBRE FUENTES Y MÉTODO

Oscar Gaitan desarrolla este marco como parte de una topología más amplia del tiempo en la que la experiencia temporal está estructurada lemniscatáticamente, con el momento presente como el punto de cruce invariante entre los bucles de memoria y anticipación. Este ensayo aborda las dimensiones ontológicas y teológicas de esa estructura. Las referencias filosóficas — Agustín, Aristóteles, Heidegger, Bergson, Aquino, Boecio, Einstein — no son fuentes del argumento sino testigos paralelos de aspectos del mismo. El argumento se sostiene o cae por su propia coherencia estructural, no por la autoridad de ellos.